

## LOS AÑOS JÓVENES



MIGUEL MARTÍN JIMÉNEZ DE MUÑANA

---

*(A D. José María Rey, mi maestro en el curso 1958-59).*

Las presentes líneas pretenden ser un tributo de gratitud a todos aquellas personas, maestros y profesores, que se esforzaron para transmitirme conocimientos así como valores y actitudes ante la vida. Recordaré el centro donde curse la enseñanza primaria o básica, donde estudié todos los cursos del bachillerato, y antes de ello el curso de ingreso y algunos previos al mismo: el Colegio Paideuterion de Cáceres

En 1958 llegué al Colegio Paideuterion masculino, sito en la calle Sierpes, de Cáceres, cerca de la Plaza de Colón. Allí iba a pasar los nueve siguientes años de mi vida, que son los más decisivos en la evolución y desarrollo de una persona, porque es cuando se establecen los hábitos, se entablan amistades, que a veces duran toda la vida, y se adquieren conocimientos básicos para los estudios profesionales en la universidad.

De los primeros cursos apenas quedan impresiones, unos recuerdos más bien escasos. Eso sí, recuerdo perfectamente el nombre de los tres maestros de primaria: Don Leonardo, Don José María Rey, por fortuna todavía vivo y paseante por Cáceres, a quien, por ese motivo, me complazco en saludar con alguna frecuencia, y Don Antonio Ruiz, también muy aficionado a pasear por la ciudad, hasta su muerte hace algunos años ya.

De esos cursos de primaria existe una fotografía del grupo en el año escolar 1959-1960. Estamos reunidos el curso completo junto con el director, D. Aurelio Luna Soto, y el maestro, el citado Sr. Ruiz. Muchos de esos compañeros pasaron a estudiar bachillerato y por ese motivo permanecimos juntos durante varios cursos. Como consecuencia guardo muy buena memoria de ellos y conservo lazos de amistad con bastantes de los mismos.



*Foto Aurelio Luna, Antonio Ruiz y un curso del año 59-60*

La tarea en el Colegio era muy exigente ya que el horario era muy amplio. En los cursos que tenían reválida, cuarto y sexto: las clases comenzaban a las 8.45 y se prolongaban hasta las 14 horas. Se iniciaba la sesión de tarde a las 15.30 y finalizaba a las 20.30. Lo que suponía una jornada de más de 10 horas diarias. También había un recreo de 30 minutos por la mañana y otro de 17.30 a 18 de la tarde. La justificación de esa labor tan prolongada era el interés del director en que los resultados de los alumnos presentados a las reválidas fueran lo mejor posible pues aquello repercutía en el prestigio del colegio. Y en consecuencia, la matrícula del colegio aumentaba en la misma proporción.

Para los restantes cursos había horario diferente: todos entraban a las 8.45 pero salían a las 13. Por la tarde también tenían idéntica hora de ingreso, las 15.30 pero la salida era variable. Los de primaria e ingreso salían a las 17.30, en cambio los de los restantes cursos de bachillerato terminaban a las 19. También había clase para todos los sábados de 9 a 14. Los sábados por la tarde existía un “regalo especial para los castigados”, que eran aquellos alumnos que a lo largo de la semana habían tenido dos o más ceros en las distintas asignaturas y debían asistir al colegio de 15.30 a 19 horas.

La disciplina era bastante estricta. El artífice del orden era el director, D. Aurelio Luna Soto. Era hombre de estatura reducida, pero bastante enérgico. Todavía recuerdo el silencio que dominaba todas las aulas del colegio cuando se oían las voces del director que manifestaba así su enfado por algún motivo. Tanta tensión le había producido una úlcera de estómago de la que estaba continuamente doliéndose y tratándose. Los vasos de leche y las pastillas estaban a la orden del día. El colegio era la razón de su vida. Cuando se

acercaba el final de curso dedicaba los sábados por la tarde y las mañanas de los domingos para repasar conceptos y preparar a los alumnos que tenían que presentarse a los exámenes de reválida.

En esa tarea de imponer disciplina le ayudaban un par de personas que se llamaban “inspectores”: D. Sebastián Paniagua y D. Juan Cuadrado. Don Sebastián era un maestro que estaba estudiando la licenciatura en Geografía e Historia. Ello suponía que tenía buen nivel en esas materias y sus clases, en primero segundo y cuarto de bachillerato eran muy intensas y exigentes. Recuerdo que como no tenía todavía la licenciatura los días que había visita de inspección no nos daba clase y lo sustituía el director o algún otro profesor licenciado. Supongo que cuando concluyera sus estudios no serían necesarios esos cambios.

Don Juan Cuadrado era un antiguo guardia civil que después de su jubilación se había dedicado al trabajo de vigilar a los niños en las horas libres de estudio y en la hora de los castigados de los sábados. Había perdido un ojo y utilizaba gafas oscuras para que no se notara tal circunstancia. Otro de los clásicos personajes del colegio era el secretario, D. José María, de quien no recuerdo el apellido. Era un buen hombre, amable y de trato educado. Felipe Vela, a quien he citado anteriormente, se incorporó muy joven a la tarea de inspector o vigilante motivado por una desgracia familiar que le obligó a ganar dinero para ayudar en casa debido a los muchos hermanos que eran. Como era listo y trabajador aprovechó bien el tiempo para formarse al tiempo que trabajaba y ha desarrollado una brillante carrera profesional en Cáceres. En la ciudad es sobradamente conocido por sus muchas facetas incluida la política. Militó en el partido popular y fue teniente de alcalde en una legislatura.

Para terminar esa relación de personajes “ayudantes” del centro, no puedo dejar de mencionar a otro que estuvo poco tiempo en el colegio. Un par de años, creo, pero que le sirvieron para “ser famoso”. Se llamaba Alfonso y los internos del colegio le había puesto el apodo de “Fofi”. Una de sus palabras favoritas para insultar a los alumnos era majadero. Sin que sepamos cómo, el año 1963-64, todo Cáceres apareció cubierto de frases, escritas a tiza, tales como, “FOFI, CONTRABANDISTA DE MAJADEROS” y similares. La cosa llegó a tal nivel que las autoridades del gobierno civil llamaron al colegio interesándose por el asunto. El director montó en cólera y nos echó un buen rapapolvo porque sabía que nuestro curso era el centro de aquella campaña. Todo terminó cuando llegaron las vacaciones y el pobre Alfonso, un tanto amargado, se marchó de Cáceres.

Las horas de estudio eran las que iban de las 17.30 en adelante. En ese tiempo los alumnos permanecíamos en el aula dedicados a repasar o a resolver los problemas y ejercicios que debíamos presentar en las clases al día siguiente. En todas las asignaturas diariamente se preguntaba la lección a los alumnos y se les ponía nota. Dichas notas se recogían a diario en una cartilla de calificaciones o notas que el alumno debía presentar a sus padres. Ello suponía una pequeña tortura y una tensión extraordinaria porque suponía pasar cada día un examen ante la familia.

Además de las notas de las asignaturas existían dos conceptos denominados “conducta” y “aplicación en el salón de estudio”. Este detalle me suponía frecuentes choques con mi padre: decía que podía comprender que tuviera mala nota en conducta, “porque los niños pueden ser traviosos”, pero que la aplicación en el salón de estudio debía ser siempre buena. Nunca conseguí hacerle comprender que siempre ponían el mismo “número” en ambos conceptos. Y si tenías un cero en conducta te lo colocaban también en “la aplicación”.

La dureza del régimen político, el ambiente de las familias y la política educativa del centro permitían un trato duro y sin contemplaciones. A este respecto tal vez sea ilustrativa la anécdota de mi llegada al colegio acompañado de mi padre: recuerdo que se dirigió al director y le dijo: “Si Miguel se porta mal, le dé usted dos tortas y me llama que yo en casa le daré cuatro”. El aviso surtió efecto. Nunca tuvo el director, ni ningún profesor, que ponerme la mano encima y nunca, por tanto, tuvieron que llamar a mi padre. Igualito, igualito que el ambiente y la disciplina en los centros hoy día.

Y no se crea que no se “regalaban tortas” de vez en cuando. Todavía recuerdo al director quitarse con parsimonia el reloj y los anillos, subirse a un banco por su corta y estatura, y darle dos bofetadas a uno de los hermanos Mirat (no recuerdo cuál, porque en el colegio había varios). Por el contrario, la violencia entre alumnos estaba severamente prohibida. Así, por ejemplo, a un alumno llamado Pedro Prado, que luego se dedicó a los negocios, lo expulsaron fulminantemente por haber propinado un puñetazo a Carlos Paredes, ambos estudiantes de 4º curso de bachillerato. Agravó la sanción el hecho de que Carlos era un estudiante de los más brillantes del curso, excelente alumno y de inmejorable comportamiento, y Pedro era un alumno considerado un poco conflictivo.

Los profesores eran en general buenos y no empleaban violencia directa con los alumnos. Si bien es cierto que estaban permitidos y a la orden del día castigos como ponerte de pie o de rodillas en un rincón de la clase en caso de mal comportamiento. También el asunto de los castigados a diario, hasta las 20.30 en caso de tener un cero en el día, o el sábado por la tarde, si reunías dos ceros en la semana, eran armas disuasorias que los profesores y vigilantes usaban para mejorar el control de las clases.

Naturalmente no recuerdo a todos los profesores, pero sí a un buen número de ellos. Haré una relación con un pequeño detalle de la impresión que guardo de cada uno.

De primero y segundo curso el que más nítidamente recuerdo es D. Sebastián Paniagua López, y ello porque nos daba clase de Geografía, Gramática y no sé si también Matemáticas en primero. Era un profesor exigente pero con buen sentido del humor. A cada uno nos ponía un nombre relacionado con el nuestro o con los apellidos haciendo alguna variación. El mío era Jiménez de la Mañana, lo que al fin y al cabo no cambiaba mucho el apellido. A Armando Vela lo llamaba con el apellido del cardenal Richelieu que también se llamaba Armando. A mí, que a esas alturas era buen estudiante, me tenía mucho aprecio. La prueba es que muchas tardes me mandaba a comprar el periódico Marca al quiosco que está al final de Cánovas. Aquello suponía un periodo de media hora

de libertad, que era como un tesoro, dadas las muchas horas que pasábamos en el centro. En todas sus asignaturas saqué sobresaliente.

También de primer curso era profesor D. Antonio Luceño, con el que muchos años más tarde coincidí como compañero en Magisterio. También era muy agradable y muy amigo de charlar con los alumnos de cosas distintas a las del aula. Recuerdo que veraneaba en Béjar donde yo tenía familia y aquello daba pie a conversaciones frecuentes sobre dicho pueblo. Cuando lo encontré en Magisterio me dio la impresión de estar bastante envejecido y haber perdido muchas facultades.

Los profesores de Educación Física y Política (entonces Formación del Espíritu Nacional) eran D. Alfonso García Aragón y D. José María Saponi Mendo. Ambos también buenos profesores, si bien D. Alfonso daba la impresión de ser más llano, más sencillo de trato que D. José María. El primero llegó a ser campeón de España de tiro con arco y el segundo fue Alcalde de Cáceres durante muchos años. De D. Alfonso todavía recuerdo que tuvo el detalle, y en eso fue el único, de dirigirnos unas palabras el día de la última clase en sexto de bachillerato, agradeciéndonos lo buenos alumnos que habíamos sido y animándonos a que nos siguiéramos comportando igual en adelante. Me gusto tanto su actitud que he procurado repetirla siempre que he tenido un curso que se lo haya merecido. Lo cual ha ocurrido con frecuencia, afortunadamente.

De esos dos primeros cursos también recuerdo, si bien con menos afecto por su trato más distante, al profesor de francés, un canónigo llamado D. Jesús Sampedro, y a la profesora de matemáticas de segundo, D<sup>a</sup> Pilar Escudero. En cambio recuerdo con verdadero afecto, por lo buen profesor, a D. Francisco Roncero, que tuvo la sinceridad en sexto de decirme que había cambiado y no era ya tan buen alumno. Tenía razón. De él recuerdo una conversación sobre lo mal que estaban retribuidos los profesores y que era mejor dedicarse a fontanero y oficios similares. Me impactó porque yo pensaba que ser profesor era mucho mejor y estaba mejor pagado que aquellos oficios que refería. Pensaba que profesor era profesión de gran relevancia social y, por tanto, no entendía que un fontanero pudiera ganar más que un profesor.

Con recuerdo agridulce guardo memoria de D. José Mariño. Por un lado era buen profesor y enseñaba bien Latín, porque era exigente y bien preparado. Sin embargo tenía un toque algo duro que no puedo obviar. Recuerdo una ocasión en que para justificar que no tenía hechos los ejercicios le comenté que “no he podido hacerlos porque he ido a recibir a la Virgen de la Montaña en la Plaza Mayor”, (lo que, por cierto, era falso); me respondió que “primero es la obligación y luego la devoción”. Un cero y a los castigados por la tarde. He tenido alguna relación con él porque fue “pasante” en el despacho de mi suegro en sus comienzos de abogado.

Otro buen profesor era D. Ricardo Durán. Se encargaba de Física y Química en cuarto. Al contrario que D. José Mariño, era muy respetuoso y sus clases resultaban más relajadas. Recuerdo, no obstante que era la primera clase de la tarde y en los meses de mayo y junio, con el aula orientada al sur, pasábamos verdadero calor, del que él también

se quejaba. Como prueba de cómo se quedan grabadas en la memoria de los niños las cosas que dicen sus profesores, referiré que aún recuerdo a D. Ricardo decir que lo único que le molestaba del hecho de sudar era por lo mal visto que estaba socialmente.

Los sacerdotes que impartían religión y Latín en algún caso, excepto el mencionado Sr. Sampedro ya citado, que por cierto se secularizó y abandonó la vida eclesíástica, fueron: Don Emeterio Hierro Martín, D. José Reviriego, Don Benjamín y el párroco de San Mateo, ¿D. Vicente Castro Barrios? A mi Don Emeterio me resultaba curioso y hasta divertido. Era un hombre que teatralizaba las cosas que enseñaba y, por ejemplo, ponía los gestos que suponía debía haber hecho San Pablo cuando cayó del caballo camino de Damasco. También era pintoresco e injusto el sistema de calificación que empleaba: a los primeros cuatro o cinco de la lista les ponía un 9 o un 10. A los cuatro o cinco siguientes, un ocho. A los que iban del 10 al 15 un 7 y así sucesivamente. De modo que cuando llegaba a los últimos de la lista siempre era un cinco la nota por bien que lo hicieran. Fue párroco primero de San Mateo y más tarde de la **parroquia de Fátima**, logrando construir un gran templo donde solo había antes una pequeña capilla.

En cambio D. José Reviriego, párroco de San Blas, me parecía un hombre seco y distante con los alumnos. A mí al menos me dio esa impresión. No tenía la vitalidad de D. Emeterio. Sus clases las recuerdo más grises. Don Benjamín solo nos dio clases un año. Lo recuerdo como un hombre apacible y bonachón. Aún recuerdo que me sorprendía su manera de contar con los dedos, porque empezaba a contar con el dedo pulgar, luego el índice y así sucesivamente. Del párroco de San Mateo del que no tengo seguridad en el nombre, aunque creo que era D. Vicente Castro Barrios, me dio la impresión de ser un buen hombre. Decía la misa de los domingos y dirigía los ejercicios espirituales. Guardo un buen recuerdo.

Para poner a cada uno en su sitio, “al César lo que es del César”, cuando celebramos los veinticinco años de finalización del bachillerato, nos dirigimos a este sacerdote pidiéndole que se incorporara a nuestra celebración y dijera una misa a la que asistiríamos los alumnos en San Mateo. Se negó diciendo que si accediese a todas las peticiones no haría otra cosa. A continuación se lo pedimos a D. Emeterio que aceptó encantado, dijo la misa y vino con nosotros a la comida posterior.

Sobre la misa de los domingos hay una anécdota divertida con el director del coro, un maestro llamado Eulalio ¿Acosta?, que, por cierto, ha sido objeto de un reciente homenaje en Cáceres, en la Concatedral de Santa María. La cosa es como sigue: por cantar los domingos en el coro el director del colegio nos daba, más o menos, tres pesetas, lo que venía muy bien como complemento de la “paga semanal”. Por ello yo estaba muy interesado en pertenecer al mismo. No tengo mal oído y entono bien, por eso cuando me hizo la prueba la superé sin problemas. La dificultad venía cuando al cantar en el coro, a tres voces, no era capaz de quedarme en mi voz y me iba a otra para acabar desafinando. Eulalio lo notaba y decía: vamos a ver quien desafina. Nos hacía cantar en grupos más pequeños. Yo, cuando veía el peligro, abría la boca como si cantara pero no emitía sonido. Naturalmente pasaba el examen. Cuando el grupo era reducido, solo o con un compa-

ñero, no había problema porque no perdía mi voz y cantaba bien. Conseguí aguantar todo el curso en el coro y ganar las pesetillas sin que el buen Eulalio lograra descubrirme.

También en relación con la iglesia de San Mateo guardo buena memoria de algunas actividades que se hacían conjuntamente con el Colegio Santa Cecilia de las Hermanas Carmelitas. Ya no recuerdo muy bien cuál era el objetivo de aquellos días pero sí que la iglesia se dividía en dos partes: en los bancos de la derecha se sentaban las chicas de las Carmelitas y en los bancos de la izquierda los chicos del Paideuterion. Tampoco recuerdo que edad tendría yo entonces, tal vez 13 años, más o menos, pero sí que era muy excitante y la mayoría estábamos nerviosos porque no estábamos acostumbrados a relacionarnos con chicas, ya que la educación entonces segregaba a los alumnos según su sexo. Supongo que debía tratarse de ejercicios espirituales o algo así, pero no podría precisarlo. Además, yo tenía entonces una “novia” en las carmelitas (novia con la que no había cruzado dos palabras) y eso hacía más emocionantes aquellas jornadas.

Volviendo a los profesores, otros fueron: la esposa del director, D<sup>a</sup> María, creo recordar, que era una señora encantadora, amable y sonriente. Nos dio clase de Ciencias Naturales un año. En cambio en quinto curso la profesora fue una “señorita” D<sup>a</sup> Maruja Collado. No era mala profesora pero si algo mas seca y menos sonriente que D<sup>a</sup> María. El profesor de Francés en quinto fue D. Emiliano. Recuerdo algunos detalles notables de él: el primero fue su físico ya que era manco. El segundo fue que por primera vez vimos en clase un magnetófono, lo que algo nos debió ayudar a aprender francés. Y la tercera es que hablaba con cierta admiración de los poetas franceses “malditos” relacionados con las drogas, como Baudelaire. O al menos a mí me daba esa impresión.

El día del examen final tuvo un buen detalle. Confundí yo el autor que nos puso y en vez de contestar con las obras de Moliere puse las de Voltaire. No porque ignorase el que preguntó sino por verdadera confusión. Al salir del examen me di cuenta del fallo y entré para comentárselo. Me dijo: bien, siéntate y escribe lo que sepas sobre otro autor, no recuerdo el nombre solo que había escrito “Las cuevas del Vaticano” y eso era todo lo que sabía. Cuando vio mi apuro, me dijo: “Anda, vete. Que te vale el autor que hayas escrito”. Un detalle de buen profesor que conoce a sus alumnos. En alguna ocasión he tenido oportunidad de repetirlo yo con los míos.

En cuarto tuvimos como profesor de Matemáticas a D. Juan Peramato. Era el típico matemático, con aire de suficiencia y cierto sentido del humor que sacaba a relucir en cuanto el alumno cometía algún error: “naranjas” o “naranjas de la china” era sus expresiones favoritas para hacer saber al interesado que estaba meriendo la pata. Según creo aprobó las oposiciones de profesores de instituto y marchó a la provincia de Cádiz. También en cuarto, la profesora de Historia se llamaba D<sup>a</sup> Mari Cruz Muriel. He seguido en contacto con ella porque aprobó las oposiciones de inspección, esas que luego suprimieron los politiquillos mediocres, y coincidimos en mi época de maestro. Cada uno, naturalmente, en su responsabilidad.

Otro personaje pintoresco fue Lorenzo Martín, profesor de Física en sexto curso de bachillerato. Su apodo fue “Larry”. Era funcionario de la Junta de Energía Nuclear y se notaba que para él las clases eran como un complemento o entretenimiento porque se presentaba en el aula sin preparación ninguna y eso, en un curso ya avanzado como es sexto, los alumnos lo notan. Nos lo tomábamos un poco a guasa por su mucha cara. Estaba casado con Pilar Escudero, la profesora de matemáticas de segundo.

De sexto curso es también una anécdota con la profesora de Historia de Arte de la que, desgraciadamente, no recuerdo el nombre. Yo, cierto es, ese año estudiaba poco. Seguía con mi afición al fútbol y había empezado a salir con la chica de las carmelitas, María Justa, de la que hablé antes. Un día en clase de Arte la citada profesora me preguntó la lección y al ver que no contestaba, comentó: “Claro, todo el día paseando por Cánovas con una rubia. Y si al menos fuera guapa, porque es bien fea”. Yo, naturalmente ofendido, respondí: “Me da la impresión de que hay algunas que no se miran al espejo”. El alboroto fue de primera categoría: risas, abucheos, pateos y voces llenaron la clase. La profesora se dio cuenta de que había metido la pata e hizo mutis. Yo me gané la felicitación de los compañeros por lo oportuno y valiente de la respuesta. No se debe nunca perder el respeto a los alumnos.

Profesor de Matemáticas en sexto fue D. Felipe Casado Rubio. Era ingeniero de profesión. Creo que agrónomo. Y resultó un excelente profesor además de educado y respetuoso en su trato. Guardo muy buen recuerdo de sus clases y que en el primer examen, en noviembre, saqué un 10, luego ya flojeé más y al final me conformé con un aprobado. De él recuerdo su pelo muy corto, casi rapado, y su dificultad para pronunciar algunas letras. Eso no le impedía desarrollar su actividad perfectamente y ser uno de los mejores profesores. Le he vuelto a ver muchos años después, en mi actividad como procurador en un juicio en el que él intervenía como perito, y había cambiado mucho físicamente: estaba bastante más delgado, llevaba un corte de pelo menos pronunciado y había superado aquellas dificultades de pronunciación. Resultó muy grato saludarle y compartir algunos recuerdos.

Una de las actividades que ahora llamarían extraescolares, o algo parecido, era el fútbol. Nadie del centro nos organizó el equipo. Fuimos nosotros, los alumnos, los que lo pusimos en marcha. Nos unimos unos cuantos alumnos del colegio con otros tantos del colegio San Antonio y reunimos un grupo bastante aceptable, de modo que los dos años que jugamos el campeonato quedamos en segunda posición. Y debíamos ser muchos equipos porque se organizaban dos grupos: uno que jugaba sus partidos en el antiguo campo de Cabezarrubia, ya desaparecido, y que estaba situado cerca de la actual estación de ferrocarril, y el otro en un campo de fútbol que existía en lo que hoy es la Institución Cultural San Francisco y que entonces era la institución provincial que atendía a los niños huérfanos. También ese campo ha desaparecido hace ya bastantes años.

Como digo no llegamos a ganar el campeonato ninguno de los dos años, pero como estuvimos cerca y ganamos muchos partidos nos sirvió para pasar muchos buenos momentos y conocer a mucha gente. Capítulo que merece especial mención fue el de las camisetas del equipo que no eran fáciles de conseguir entonces. Nos las mandaron de Madrid gracias a Dalmacio Díaz Domínguez entonces estudiante de Ingeniería Aeroná-



tica y que luego fue director del aeropuerto de Málaga. Dalmacio era primo hermano de Emilio Díaz Casero que jugaba en el equipo como integrante del grupo de los alumnos del Colegio San Antonio. Recuerdo con gratitud el detalle que tuvo mi padre, a quien las cosas de la construcción comenzaban a sonreírle, que nos pagó 5 o 6 de aquellas camisetas porque había alguno de los chicos cuyos padres no andaban muy sobrados de recursos económicos para adquirirlas.

El equipo, patrióticos nosotros, se llamaba España C. F. y nuestro principal rival era el “Olímpico” que organizaba un hombre joven con cierta minusvalía física llamado Juan Ramón que debía hacer bien su trabajo porque los dos años fueron campeones. Y no aminora su éxito el hecho de que cuando fueron al campeonato de España, que se celebró en Palencia, sufrieran duras derrotas, lejos de las expectativas con las que viajaron.

Al año siguiente, 1965-1966, que ya no podíamos jugar por haber sobrepasado la edad de los infantiles, yo organicé y entrené un equipo con jugadores de los cursos siguientes al mío: Luis Valle, Pedro Luis Pinedo, Manuel Fernández del Amo, Rodilla, etc. No tengo recuerdo claro del resultado de aquel campeonato, pero para mí que no fue tan brillante como el de los dos precedentes.

Otro campeonato que recuerdo, más por el fiasco que supuso que por otra cosa, fue el de baloncesto que se organizó, este sí, en las instalaciones del colegio, también en el curso 1965-66. Lo del fiasco viene a propósito de las palabras que le oí comentar al director, D. Aurelio Luna, días antes del comienzo cuando estábamos en plena organización de los equipos: “quiero que sea un campeonato lo más igualado posible, disputado”. El primer partido nos enfrentó a un equipo de sexto curso con otro de preuniversitario. Resultado del “igualado” enfrentamiento: 4-64 a favor de los mayores. No he podido olvidar una entrada a canasta, que hice completamente solo y que fui incapaz de encestar, pese a lanzar en un par de ocasiones, y di lugar a que llegaran los contrarios y me arrebataran el balón. Patético, dirían los chicos de hoy. No me había llamado Dios para el mundo de la canasta.

Con mejor resultado participé en un campeonato de tenis de mesa que también se jugó en el citado curso 65-66. Se ve que la economía iba mejorando y había algo más de fondos para actividades deportivas y recreativas. Este no lo organizaba el colegio sino la OJE (Organización Juvenil Española) en unos amplios locales que tenía en la calle Parras, más o menos donde hoy se encuentra un hotel en esa zona. Recuerdo bien el campeonato por tres detalles: el primero que fui campeón, el segundo porque todavía conservo la pequeña copa y el tercero, y peor de ellos, porque mi padre organizó un viaje cultural a Mérida a visitar el teatro romano que resultó de “asistencia familiar obligatoria”. Con ello me perdí la entrega de trofeos que, como es lógico suponer me interesaba más que las milenarias piedras. Tal vez como íntima revancha no he vuelto a visitar el teatro hasta el año 2010, o sea 44 años más tarde, y eso con ocasión de la visita de unos amigos americanos de quien hice las veces de improvisado cicerone. Y no se crea que no había visitado Mérida, que tuve que hacerlo en numerosas ocasiones en mis años de trabajo en el Sindicato ANPE.

Especial recuerdo guardo de los exámenes de reválida, porque además de experiencia personal suponen un jalón que separa la trayectoria vital no solo del alumno sino también, en mi caso, de la ciudad. Es así porque la primera reválida la pasé en el antiguo edificio de los jesuitas de la Plaza de San Jorge, donde entonces se ubicaba el Instituto el Brocense. Como curiosidad recuerdo que en la traducción de francés anduve totalmente despistado ya que lo traduje con la idea de que se trataba de una boda cuando realmente era un entierro o viceversa. Ya se supone que el resultado no debió ser muy brillante. Pero aprobé con resultados aceptables con lo que guardo buen recuerdo del asunto. El hacer exámenes en un anfiteatro y con profesores desconocidos resultaba emocionante y por ello andábamos bastante nerviosillos. Pero, en fin, como hasta ese momento había sido buen estudiante lo superé sin dificultad.

La otra reválida, la de sexto, ya fue en otro edificio. En los dos años que habían transcurrido se había construido el nuevo Instituto “El Brocense” en la Plaza de Colón y los exámenes, multitudinarios, se celebraban en el gimnasio del edificio. Como ya dije antes, en ese curso había estudiado mucho menos y el resultado fue el esperado: suspenso en el ejercicio de matemáticas. Sin embargo en mi descargo debo decir que el profesor, Felipe Casado Rubio, excelente docente por otra parte, cometió un fallo importante, porque a la hora de preparar el examen nos indicó que no veía probable que salieran ejercicios de integrales porque no solían ponerlos nunca.

Y salieron. Y claro el resultado fue malo. Y tuvimos que estudiar, por primera vez, en verano. Con ocasión de ello se produjo una anécdota curiosa con el director del colegio. Habíamos suspendido tres compañeros que estábamos siempre juntos: Alejandro Morán, Eladio Camacho y yo. Y a los tres el director nos dijo la misma letanía: “A ti, Miguel Martín, te iban a suspender? En absoluto. Pero te juntaste con Morán y con Camacho y te echaron a perder”. Con los otros se repitió la escena rotando los nombres. La culpa era siempre de los dos ausentes.

Sin embargo ese verano tuve suerte. Coincidió con un excelente estudiante de medicina, José María Garrido, en Casas del Monte donde pasábamos los calores porque mi padre estaba haciendo una carretera a Segura de Toro, y cogí el hábito de estudio que José María tenía para su trabajo. Consecuencia aprobé no solo la reválida sino que el “impulso estudioso” me alcanzó hasta superar preuniversitario sin problemas. Y entonces eso no era cosa baladí. Solía caer más de la mitad de los estudiantes en aquella prueba. Incluidos algunos muy brillantes.

Dos días muy significados para los estudiantes del Paideuterion eran el 3 de diciembre que era festivo por ser el cumpleaños del director y no había clase, y un día de enero, creo que el 20 aunque no lo recuerdo con exactitud, que era la festividad de San Sebastián, porque se “celebraba” el santo del maestro de ese nombre y aunque no era libre de clase el ambiente festivo estaba en el aire, sobre todo por los regalos que le hacíamos todos los niños del colegio, o al menos la inmensa mayoría. Yo, por indicación de mi padre naturalmente, solía regalarle un puro porque D. Sebastián era un fumador empedernido que

se pasaba el día con el cigarrillo en la mano y que cuando iba a los partidos de fútbol del Cacereño, del que era muy aficionado, siempre lo hacía disfrutando con un buen veguero.

También el día del cumpleaños del director se reunía dinero entre todos para hacerle un regalo un poco mejor. Ese día sí era de fiesta y se celebraba algún partido entre dos equipos de alumnos, o no estoy seguro, si en alguna ocasión participaban los profesores. Eso sí, recuerdo algún partido en la Ciudad Deportiva en el campo donde jugaba el Cacereño.

Una última anécdota que refiere la mentalidad cerrada de la época. La cosa, aunque no acabo mal, pudo haber sido especialmente grave, sobre todo teniendo en cuenta la mentalidad pacata de la época para temas de sexualidad. Todo comenzó porque Ángel Alonso Rabazo, del grupo musical de los “Árboles muertos”, había conseguido una revista francesa con chicas muy ligeras de ropa, vamos una revista pornográfica. Eso para chicos de doce años en la España de comienzos de los sesenta, 1962, era asombroso y muy atractivo. Aprovechando un rato que Ángel se descuidó en la vigilancia de su cartera, Fernando Alcalá y yo le birlamos la revista y nos pusimos a ojearla con las exclamaciones que son de suponer. Don Juan, más “pirata” que nunca, nos sorprendió en el alboroto y nos castigó de rodillas. La suerte fue que no llegó a ver la revista. Tiemblo al pensar lo que habría ocurrido si así hubiese sido.

Cuando pasó el director por el aula y nos vio castigados, montó en cólera y nos mandó castigados de rodillas al patio, ¡de arena!, y allí tuvimos que aguantar como pudimos hasta que salieron todos los alumnos del colegio, de los cuales



*Alumnos*

muchos mentecatos nos hicieron objeto de sus crueles burlas. Eso y el castigo en el colegio todo el fin de semana haciendo compañía a los internos y a los que preparaban las reválidas fue el resultado del “interés lector” que compartí con Fernando Alcalá. No me puedo imaginar cual habría sido el castigo si nos llegan a ver la revista.

En junio de 1966; con prórroga hasta septiembre, por aquello de la reválida de sexto, acabaron mis días de estudiante en el Colegio Paideuterion; cerca de nueve años más tarde de mi llegada en el invierno de 1957. Como en todas las facetas de la vida, hay en ese periodo blancos, negros y muchos grises, pero el balance global de esos años ha de ser muy satisfactorio.

Muchos conocimientos que facilitaron mi caminar por la vida; bastantes amigos que compartieron tantos momentos y de los que algunos aún me honran con su amistad; numerosos profesores, casi todos buenos, y algunos excelentes que se esforzaron en hacer

de aquellos niños hombres con principios y valores, a los que sólo puedo recordar con afecto y gratitud, y tantos momentos alegres y divertidos, como sólo pueden ser los que nos permite la ingenuidad de la infancia y de la adolescencia. ¡Cómo no echar de menos aquellos años jóvenes! M.M. J. de M.

